cubierto de blanca vestidura, dándome sombra una rama de pino, y llegado el tercer dia habríanme llevado sin pompa en descubierto ataud al lugar de mi sepultura. Allí, recogiendo en pequeños frascos las sinceras lágrimas que sólo los pobres arrancan, habríanlos encerrado conmigo en una tumba de piedra ó de tierra, y habrían colocado á mis piés una lámpara encendida, tierno emblema de su amistad, viva todavía aunque yo muerto. De esta manera reposaría en tranquila oscuridad, y cuando algun dia abriesen mis descendientes mi modesta sepultura, al hallar en ella aquellos piadosos monumentos del amor, exclamarían con llanto:—Hé aquí los restos de un hombre feliz.

»Nacido, sin embargo, para las grandezas, la Fortuna, al ponerme alternativamente á la cabeza de los ejércitos y en el primer puesto del Senado, granjeóme mil envidiosos y ni un amigo siquiera. Cuando estuve próximo á espirar, uno de mis parientes dióme, segun costumbre, el ósculo postrero, y exhalado el último aliento, cerráronme mis hijos la boca y los ojos para dar á mi muerte la apariencia del sueño. En breve rodeó mi lecho numeroso gentío, y en tanto que unos músicos sonaban trompetas llamaron por tres veces á gritos como para despertarme.

»Cerciorados de mi fallecimiento, los *Libitinarios* (encargados de la direccion y empresa de los funerales)

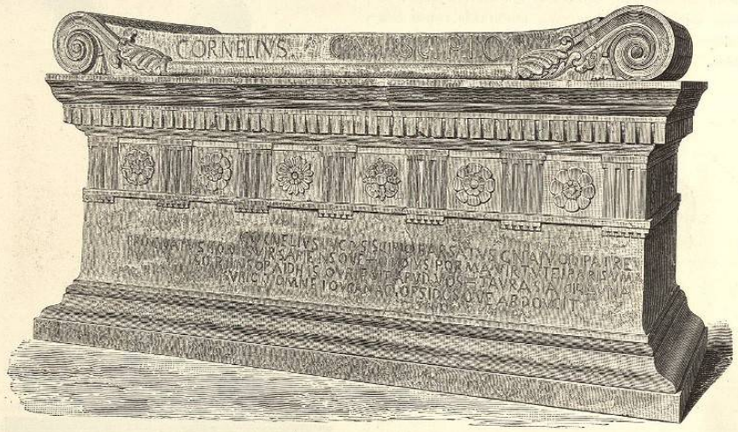


Fig. 534. – Sarcófago de Cornelio Escipion. (Museo del Vaticano).

pusieron mi cuerpo en manos de los *Polinctores* (embalsamadores), los cuales lo lavaron, embalsamaron y revistieron por vez postrera con los vanos ornamentos de mis efímeras dignidades. En este estado quedé expuesto por espacio de siete dias en el vestíbulo de mi palacio; habíanme rodeado de cipreses, y dos jóvenes sacerdotes, colocados junto á mi cuerpo, apartaban de él con un velo los insectos atraidos por las esencias ó la corrupcion.

»Por la mañana del séptimo dia anunció un pregonero mi entierro en calles y plazas; el pueblo acudió á él en gran número, y dignatarios y senadores llevaron con lentitud el fúnebre lecho en el que estaba yo tendido, coronada la frente de narcisos. Precedíanme soldados y lictores con las armas y las haces á la funerala.

»Á mi izquierda marchaban dos mimos, en traje de cónsul el uno y vestido el otro de general, remedando mi aire, mis actitudes, mis gestos y hasta mis defectos: su arte, destinado á excitar la sensibilidad de mis amigos, atraía maligna sonrisa á los labios de mis émulos y adversarios. Á la derecha una famosa plañidera, fingiendo á maravilla los más tiernos extremos del dolor, hacía como que mesaba sus cabellos, desgarraba sus fúnebres vestidos, prorumpía en lastimeros gritos y hasta derramaba lágrimas pagadas á precio de oro. Mis hijos, con largas y negras túnicas, mi mujer y mis hijas con holgados velos, venían en pos rodeados de mis libertos que llevaban el gorro de la emancipacion y de algunos clientes á quien en mi mocedad amparara. Lúgubre orquesta, acompañando tristes cánticos, precedía y seguía á la numerosa comitiva.

»Rodeado por el ostentoso cortejo depositáronme en

la plaza Romana; allí pronunció un orador mi panegírico, en el que intercaló irónicas alabanzas, que fueron muy aplaudidas por el pueblo. Por fin tomó el entierro el camino del Campo de Marte.

»Elevábase en aquel sitio una pira cuadrada formada con tejos, pinos y alerces, pues en mi testamento, á fin de impedir que hombres sacrílegos violasen mi cadáver, había dispuesto que fuese incinerado. Pusiéronme en la pira con el rostro mirando al cielo, y envolvía mi cuerpo una tela de amianto para mantener separadas mis cenizas de las de la hoguera. Antes de ponerla fuego, el mismo que en el instante de morir había cerrado mis ojos, abriómelos de nuevo á fin de que por última vez mirase al cielo, y colocóme debajo de la lengua el óbolo destinado al infernal barquero. En seguida, parientes, amigos y libertos se apartaron volviendo el rostro, y los *Vespillones* aplicaron fuego á la leña.

»Apénas se alzó la llama cuando sollozos, gritos y música formaron lúgubre y disonante estruendo. Los sacerdotes inmolaron un toro y varios corderos negros y los arrojaron á la pira en desagravio de mis manes. No se mataron esclavos como en los tiempos antiguos, pero varias parejas de gladiadores combatieron é hicieron que en honor mio corriesen algunas gotas de la sangre que les tenían comprada mis herederos.

»Al amortiguarse el fuego de la hoguera, los sacerdotes arrojaron á él incienso y perfumes, y en seguida recogieron mis cenizas y los resíduos de mis huesos conservados por el amianto; laváronlos con leche y vino, y los encerraron en urna de oro adornada de ramas de ciprés.

»Entónces un sacerdote, tomando un tizon del altar de los sacrificios, lo apagó en un jarro lleno de agua; mezcló con ella un poco de sal, y convertida así en agua lustral, roció con un ramo de olivo á la reunion á fin de purificar á cuantos mi contacto, el hedor que mi cuerpo

Fig. 535. — Vía de los sepulcros, en Pompeya.

despedía ó mi solo aspecto habían manchado. Por fin, al pronunciar la principal plañidera con tétrico acento estas palabras:—Podeis retiraros,—mis parientes exclamaron por tres veces:—¡Adios! cuando el Hado lo disponga irémos á reunirnos contigo.

»Al dia siguiente elevaron sobre las pavesas de la pira un pequeño altar de césped, en el cual quedó expuesta la urna que contenía mis cenizas; allí fué, segun costumbre, mi familia á traerme flores y á quemar incienso. Hubo combates de atletas, y mis parientes tomaron parte en carreras de carros cuya meta era el mismo fúnebre altar; atraido el pueblo por aquellos juegos que duraron varios dias, reunióse alrededor de la urna y con este motivo hablóse todavía de mí; pero desde que las fiestas han cesado el gentío ha desaparecido y mi nombre queda encerrado con mis cenizas en el sepulcro de mis padres.» (Demoustier).

De los funerales de Vespasiano contábase un lance que atestigua cuán encarnado ha estado siempre en los instintos populares mal dirigidos y educados juntar á lo triste lo grotesco. El mimo, por nombre Favor, que en el cortejo representaba la persona del difunto emperador, al remedar sus modales y genialidades, hizo memoria de la avaricia que caracterizó al muerto, y preguntó á gritos á los intendentes de palacio, señalando el aparatoso cortejo:—Todo esto ¿cuánto cuesta?—Diez millones de sextercios (unos diez millones de reales), le contestaron. —¡Diez millones! exclamó entónces el mimo fingiendo consternacion suma; ¿es posible? Con cien mil sextercios me contento; dádmelos y arrojad, si quereis, mi cadáver al Tíber.

Los antiguos no participaban de las ideas que acerca de los cementerios abrigan los europeos á contar desde el siglo último; no creían que los sepulcros y monumentos funerarios ejerciesen en las poblaciones influencia alguna maligna, y así era que en Italia, al igual de lo que hemos dicho acontecer en Grecia, había en las ciudades calles formadas por tumbas, como sucedía en Pompeya, ó se levantaban éstas en las grandes vias ó carreteras tocando á los muros. Así se practicaba en Roma, y la via Appia, ó via de los Muertos, la más antigua de Roma, era uno de los sitios donde más riqueza

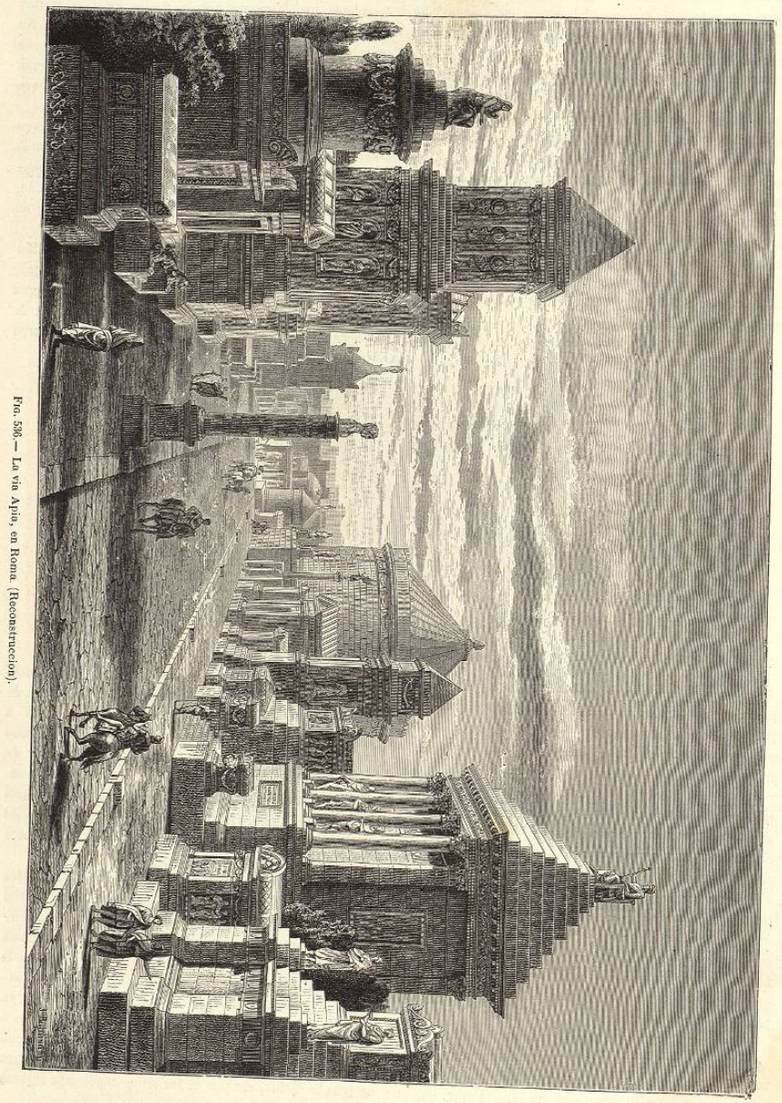


Fig. 536.— La vía Apia, en Roma (Reconstrucion).

arquitectónica ostentaba la ciudad monumental por excelencia. A ámbos lados del camino, uno de los más frecuentados, alzábanse soberbios mausoleos, elegantes sepulcros, entre los que había intercaladas tumbas más modestas. El famoso de Cecilia Metela sobresalía entre todos por su magnificencia y gusto, como sobrepujaba á todos en proporciones. Él ha hecho célebre á Cecilia hasta nuestros dias, si no por las cualidades de que estuviese adornada, ya que los historiadores nada nos han dicho acerca de ella, por la elegancia y majestad del monumento que le sirvió de sepulcro. Hija de Q. Cecilio Metelo, el *Cretense*, glorioso renombre que debió á la conquista de Creta por él llevada á cabo, y perteneciente á la antigua é ilustre familia que tanto arraigo y cariño alcanzó en esta tierra de España y que debía dar al cielo una santa heroína, fué la llamada Cecilia Metela esposa del triumviro M. Licinio Crasso. Situado en lo alto de un pequeño otero por el cual sube la via Apia en línea recta, el sepulcro erigido por el Romano á su consorte dominaba altivo los panteones, los templos, las quintas y los acueductos que llevaban á la ciudad de los Césares el tributo de lagos y rios. En nuestra época el admirable monumento no es más que una ruina; pero aún así constituye todavía el más noble ornamento de aquella region sublime, de la campiña romana, tan grandiosa en sus líneas, como suave y placentera en las ondulaciones de los términos distintos que la forman.

Descansando en un cuadrilátero tiene el sepulcro la forma de una torre de agradables proporciones; un friso festonado y adornado con cabezas de toro adorna la parte superior del monumento, el cual remataba en cónica techumbre que, destruida en la Edad media, fué sustituida por almenas defensivas que aún subsisten en parte. El tiempo y los hombres han respetado hasta hoy la inscripcion colocada debajo del friso, en el lado que mira á la via, y rodeada de hermosos trofeos. Contiene únicamente estas palabras:

CÆCILIÆ
Q. CRETICI F.
METELLÆ CRASSI

En lo interior del monumento admirábase el sarcófago en que depositó Crasso el cuerpo de su esposa. Corriendo el siglo XVI fué sacado de allí y llevado á Roma al *cortile* del palacio Farnesio, donde se encuentra todavía.

Todos aquellos sepulcros, á diferencia del de Cecilia, encerraban los cadáveres ó las cenizas de muchos individuos de una misma familia; por una escalera bajábase al panteon subterráneo, abierto á veces á gran profundidad, en forma cuadrangular ó redonda. Por lo comun era una espaciosa sala, en cuyas paredes había gran número de nichos, con cierta semejanza á nidos de palomas, en los que se colocaban los ataúdes ó las urnas. Esto hacía que se diese á aquellos salones el nombre de *Columbarios*.

El emperador Adriano, retirado en la suntuosa quinta de Tibur, sintióse dominado por la idea de su próxima muerte y quiso erigir en Roma su postrimera morada. Lleno del todo el mausoleo de Augusto, en que había ocupado Nerva el sitio último; gozando Trajano en lo alto de su colina de una sepultura exclusivamente propia suya, quiso Adriano preparar para las cenizas de los césares futuros un palacio gigantesco, y espléndido hasta

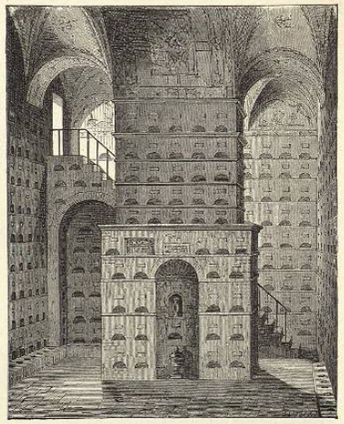


Fig. 537. — Columbario.

en la muerte ideó embellecer á Roma con un sepulcro como no se hubiese aún visto otro. En la orilla del Tíber, frente el Campo de Marte, á corta distancia del circo por él mismo levantado, un puente magnífico, llamado Elio, como su familia, llevó entre dos filas de estatuas y trofeos al inmenso edificio en cuya cúspide el arcángel victorioso reemplaza hoy al carro triunfal de Adriano. Verjas de bronce adornadas con pavos reales de oro, cuatro puertas soberbias, infinitas estatuas en sus tres circulares galerías formaban el colosal sepulcro cubierto todo él con mármoles de Paros, y cuando tiempo despues sirvió de ciudadela á los Romanos, atacados por los Godos, los cercados se defendieron arrojando por proyectiles obras maestras de escultura y aplastando á sus enemigos bajo esculpidas moles de mármol. Aquel puente no era más que el fastuoso camino que Adriano disponía á su cadáver para pasar el rio, y aquella mole, cuya parte central, la única que queda hoy en pié, ha servido sucesivamente de fortaleza y cárcel y lleva ahora el nombre de Castillo de San Ángelo, fué construida para

guardar la pequeña urna que había de contener con un puñado de ceniza algunos resíduos de los huesos de un hombre que se llamó Adriano.

Ademas de aquellas solemnidades á los muertos consagradas, que podían considerarse como familiares, por lo cual llevaban el nombre de *parentatio*, y que se reproducían con mayor ó menor ostentacion al cumplir el aniversario de la muerte, había en Roma una fiesta pública y general de los difuntos, la que se celebraba al concluir el año, en el mes que lo era por excelencia de las purificaciones, en febrero. Durante la semana que precedía al 21 de dicho mes todas las familias festejaban á los parientes fallecidos; en aquel dia se celebraban las *Feralia* ó ceremonia de las ofrendas, y el siguiente la llamada *Caristia*, fiestas que en su distribucion obedecían á la division tradicional de los funerales en sacrificios junto á la tumba y en banquete dentro de la casa mortuoria. Las *Feralia* estaban consagradas á las tumbas y á los manes que en ellas se ocultaban, procurando hacerlos propicios con toda clase de manjares y presentes. En todo aquel dia no podia hacerse sacrificio alguno sino en los sepulcros; todas las demas ceremonias quedaban suspendidas, y se cerraban los templos de las otras divinidades. Al dia siguiente celebrábanse las *Caristia* ó fiesta de la *Cara Cognatio*, alegre solemnidad que, segun ántes de ahora hemos explicado, se verificaba en

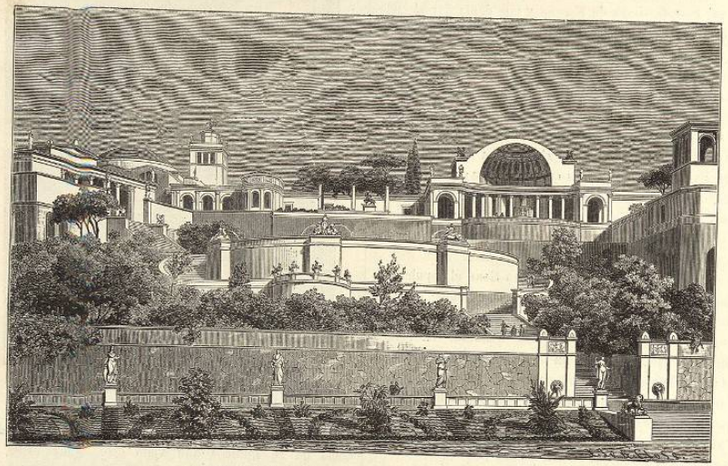


Fig. 538.—Quinta de Tibur, construida por el emperador Adriano.

todas las casas con cantos y banquetes que formaban contraste con las tristes ceremonias de la víspera.

«Tiene tambien este mes (febrero) honras para los sepulcros: apresuraos todos á aplacar á los paternos manes y á depositar ligeras ofrendas sobre sus frias cenizas. Los muertos no piden mucho; la piedad suple perfectamente á la riqueza de los dones, y no son codiciosas las divinidades de la Estigia. Una teja cubierta de coronas, alguna fruta depositada en la tumba, algunos granos de sal, pan remojado en vino, unas cuantas violetas, puesto todo en una vasija recogida en medio de la calle, no se necesita más para los muertos. No trato yo de condenar mayor esplendidez y más crecido gasto; digo únicamente que esto basta para honrar á una sombra añadiendo á ello las palabras sacramentales, proferidas junto á los encendidos braseros. Tal costumbre fué introducida por Eneas, perfecto modelo de piedad, en las tierras del buen rey Latino: ofrecía el príncipe solemnes dones al genio de su padre, y el pueblo ha conservado la práctica de aquellos piadosos ritos. En época funesta de larga y obstinada guerra cayeron en olvido los dias á los difuntos consagrados, y pronto y ejemplar fué el castigo: sucedió que la ciudad se halló alumbrada por tétrica claridad, producida por los muertos abandonados que ardían en los arrabales. Mortífera epidemia se cebó en los ciudadanos, y cuéntase (increible parece) que nuestros mayores dejaron sus tumbas y por entre las sombras de la callada noche hicieron oir plañideros lamentos. Dícese que sombras deformes, fantasmas vanos sembraron con sus alaridos el terror en las calles de

Roma y en los campos del Lacio, hasta que por fin tributando á los sepulcros las honras por mucho tiempo omitidas, al cesar los funerarios ritos cesaron igualmente los prodigios.

«Jóvenes viudas, no formeis nuevos lazos durante esas solemnidades; aguardad que vengan dias puros para encender la tea de pino. Y tú, doncella, á quien miran ya núbil los solícitos ojos de tu madre cariñosa, no quieras que el corvo peine parta entónces tu cabellera virginal. Aparta tus antorchas ¡oh Himeneo! de esas fúnebres llamas; tu luz es harto viva para tétricos sepulcros. Hasta los dioses han de encerrarse en lo más hondo de sus santuarios, y en tales dias nada de incienso, nada de fuego en los altares.

Fig. 539.—La coluna de Trajano en el Foro.

»Durante ellos vense vagar ligeras las sombras de los que fueron: dícese que vienen á saciarse con los manjares que se depositan en sus tumbas. Prolónganse estas fiestas lúgubres hasta los postreros dias del mes; al último dásele el nombre de *Feralia*, por ser aquel en que se presentan las ofrendas para aplacar á los muertos.» (Ovidio).

Como hasta en las creencias y ceremonias más augustas introducían los gentiles supersticiones y conjuros, añade el poeta:

«Aquel dia podreis ver á una vieja que, sentada en un corro de muchachas, tributa un sacrificio á la diosa del Silencio, siendo así que para ella es imposible guardarlo. Toma con tres dedos tres granos de incienso y los coloca debajo del umbral, en el agujero que abre la rata para dar paso á su cuerpo diminuto; ata luego á una rueda de laton unos hilos encantados, y pónese en la boca siete habas negras, que lleva de un carrillo á otro; cuece al fuego una cabeza de arenque untada con pez, y despues de hacer algunas libaciones, beben ella y sus

compañeras, pero sobre todo ella, cuanto vino ha que-dado.—Encadenadas quedan las malas lenguas y selladas

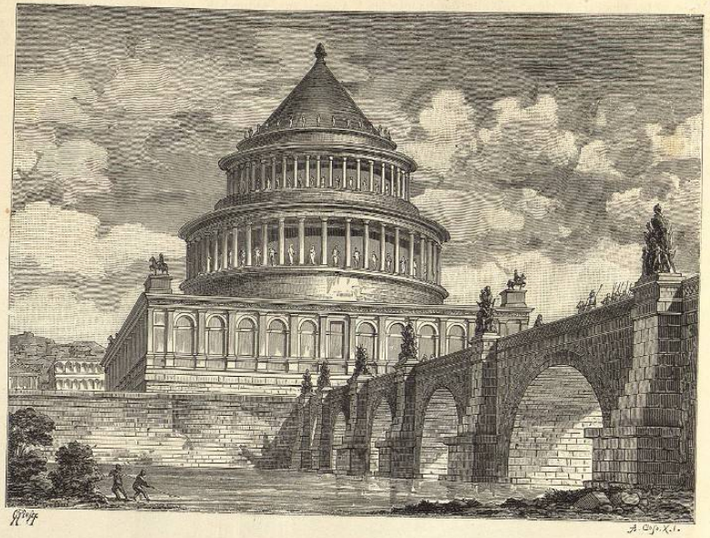


FIG. 540. — Sepulcro de Adriano. (Reconstruccion.)

las bocas traidoras, dice la vieja, y se marcha con paso vacilante y medio ebria.»

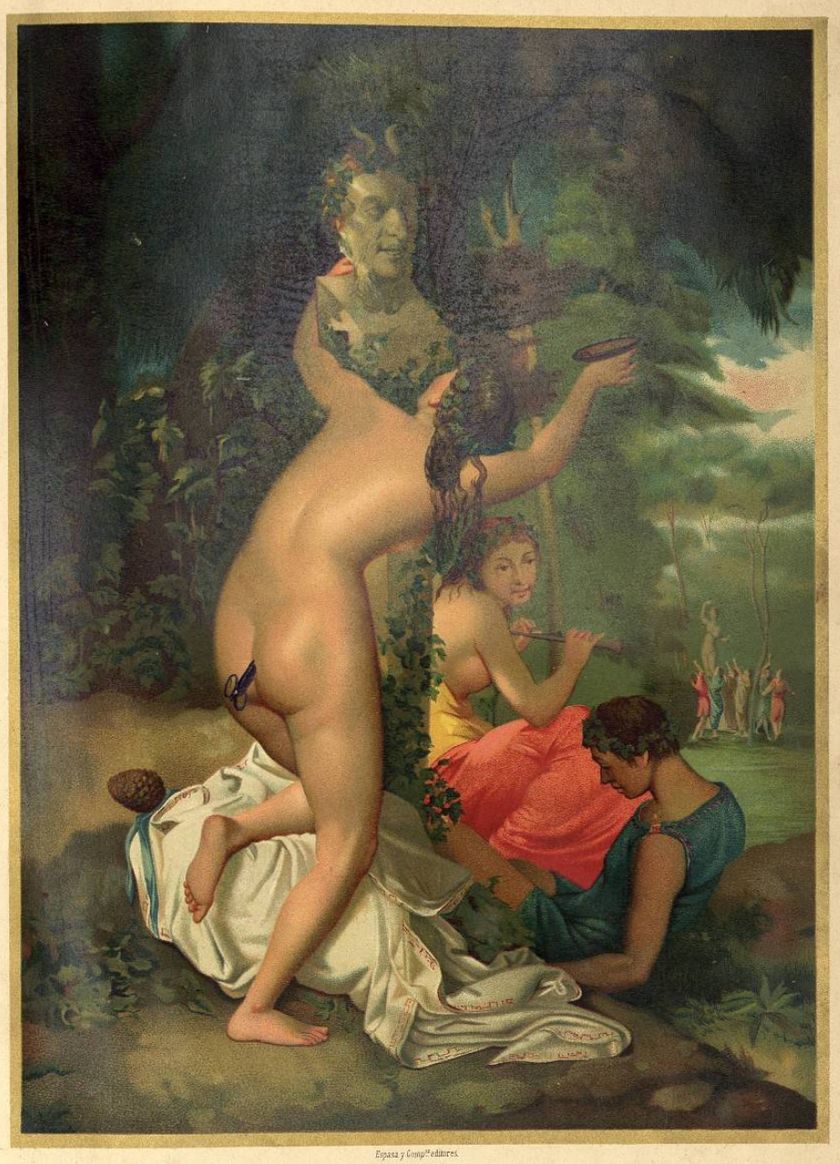
Los Atenienses habían consagrado á los muertos una fiesta solemne en enero, durante la que estaban prohibidas las bodas.

BACANTES.

Copia de un cuadro de D. Puebla

Museo del Prado - Madrid.

las bocas [illegible]
vacilante y medio [illegible]
Los Atenienses habían [illegible]



Espasa y Comp.ª editores.

BACANTES.

Copia de un cuadro de D. Puebla

Museo del Prado - Madrid.